

El Huapango de Moncayo

Liliana Miraglia

Cada vez que Rita limpia debajo de la secadora, la arrastra y produce un sonido idéntico a las notas del inicio del *Huapango* de Moncayo, interpretado por la Sinfónica Nacional de México. No sé por qué el *Huapango*, ni por qué la Sinfónica Nacional de México, en realidad no me interesa. Pero ya le he dicho que no limpie ahí, porque después no suenan las notas siguientes y yo me quedo esperando.

119

Por aquí no pasan aviones

Liliana Miraglia

Me gusta mirar aviones, pero aquí no hay aeropuerto. El aeropuerto más cercano, que es adonde llegamos en un vuelo regional, es muy pequeño y está a tres horas de distancia de este lugar donde hemos venido a vivir. Por eso puedo decir que por acá no hay aviones. Ni siquiera las líneas blancas que dibujan sus estelas en el cielo cuando está despejado. Simplemente no hay aviones y nunca pensé que el futuro me tenía reservada esta contrariedad.

Papá, mamá y yo vamos a vivir unos meses en un recondito caserío junto a un lago, porque a papá le dieron un

trabajo que consiste en hacer una investigación acerca de aves migratorias que pasan temporalmente por el lago. Yo no pude evitar venir con ellos, porque todavía no vivo solo y no tuve con quién quedarme. Además, sospecho que estaban muy interesados en que yo viviera la experiencia de estar en un lugar así.

Pero a mí me gusta estar en la ciudad y me gusta mirar aviones.

Sí, por supuesto, para venir hasta acá tuvimos que viajar en avión, no solo en la pequeña aeronave regional, en la que llegamos al aeropuerto más cercano, sino que tomamos un largo vuelo internacional desde Sudamérica, desde Guayaquil. Esto me hizo muy feliz porque logré subirme a una de las máquinas que tanto amo, pero veo que tamaña felicidad ha tenido su precio ya que no volveré a ver uno en vivo hasta el regreso.

120

Mi fascinación por mirar aviones es algo que al comienzo viví con culpa. Creí que era el equivalente a la frase acusatoria del profesor que nos decía, a los chicos distraídos, que estaban mirando volar las moscas. Uno siempre piensa que es inapropiado si no es algo que está en el marco de las cosas que se enseñan en la escuela o en las actividades deportivas y culturales que realiza la comunidad, pero después empiezas a comentarlo, y no solo te encuentras con otras personas, otros amigos a quienes les gusta hacer lo mismo, sino que te enteras de que observar aviones es una actividad muy popular y reconocida. Finalmente me enteré de que a quienes nos dedicamos a esto nos reconocen con el nombre de *spotters*. Efectivamente, ¡yo soy un *spotter*!

Los *spotters* no perdemos de vista a las aeronaves y llevamos un registro de las que vemos, ya sea fotográfico o en apuntes. Yo hago las dos cosas y como no tengo un equipo de fotografía, tomo las fotos con el móvil. Nada más

ver un avión y ya sé de qué modelo y fabricante se trata. Por ejemplo, nosotros salimos de Guayaquil en el Boeing 787 de American Airlines, que es el avión más nuevo y moderno que llega al aeropuerto José Joaquín de Olmedo (JJO); lo llaman el *Dreamliner*. Después tomamos un Boeing 737 de American Eagle y, finalmente, en el último tramo, un ATR 42 de una aerolínea de línea regional de la que no había escuchado antes. Quedé encantado, nunca había visto en vivo un ATR 42: un avión de forma poco común medio desproporcionada que tiene motores de hélice y eso es algo que ya casi no se ve.

Al bajarnos del avión, nos embarcamos en un bus y después en un auto que papá alquiló en Hertz. Y así llegamos a este caserío solitario y desolado en medio de las montañas del centro de los Estados Unidos.

No creo que pueda soportar vivir aquí. Tengo ganas de echarme la mochila al hombro, sentarme en el porche y no moverme de ahí hasta que sea el día de nuestro regreso.

121

Pero papá y mamá no me lo van a permitir, además de que tendré que comer e ir al baño alguna vez. Y peor si han encontrado algo que ahora los tiene alborotados: una pareja de patos, ambos machos casi adultos, que después se supo que eran huérfanos y que habían nacido en la casa de unos vecinos. Debo señalar que los vecinos aquí casi no se pueden llamar así porque, en realidad, viven muy lejos. Hay que caminar mucho entre casa y casa, por lo que no se sabe por qué los patos han venido a parar acá. Además de que algo ha pasado con ellos, porque demuestran un cariño excesivo hacia papá, como si ya lo hubieran conocido antes.

He sabido que los gansos, no sé si también los patos, cuando apenas salen del cascarón identifican como su padre o su madre al primer ser humano que ven. Sin embargo, aunque este no fue el caso con papá, los patos se quedaron a vivir con nosotros y papá y mamá empezaron a tratarlos

como hijos y le pusieron de nombre Tik y Tok. «¡Qué ridículos!», me dije.

Yo seguí ocupado con mis aviones, los blogs de aviación y comunicándome con mis *spotters* amigos, no solo de Guayaquil, sino de varias partes del mundo. Afortunadamente tuve cómo acceder a una buena conexión de Internet, puesto que también tenía que recibir clases por esa vía. En una de esas, mis amigos me contaron que había llegado a la ciudad un Antonov An-124, que es uno de los aviones más grandes del mundo y que lo usan para transportar cosas muy grandes como locomotoras, barcos y hasta aviones. A Guayaquil solo había llevado seis helicópteros que había comprado el Gobierno. Dicen ellos que se enteraron de que llegaría, porque los *spotters* visitamos continuamente la plataforma de Fligtradar24, que sigue el rastro de los aviones, y que fueron al aeropuerto a esperarlo para verlo aterrizar; no obstante, no lo lograron, tal vez por algún desfase en la zona horaria. Cuando llegaron al José Joaquín de Olmedo, el avión ya estaba ahí estacionado.

122

No sé cómo habrán hecho, me conozco de memoria esas guardias esperando a ver todo lo relacionado con un avión visitante por el que vale la pena no dormir, pero ellos sí lograron, al menos, atisbar el momento en que sacaron los helicópteros de su enorme barriga. Dijeron que parecían seis pequeños chapuletes al lado del gigante. Después tuvieron que hacer otra guardia para ver el despegue, porque cuando se trata de aviones con itinerario irregular no se puede acceder a una fecha y horas precisas. Pasaron como tres días hasta que lograron ver su despegue potente y silencioso, que, tal como describieron mis amigos, permite ver cómo la nave va tomando altura poco a poco con autonomía, pero como si, al ser tan grande, no fuera a lograrlo. ¡Cómo me hubiera gustado verlo!

Pero acá sigue el alboroto. Al parecer, ya han logrado ver en el lago a los primeros visitantes, que parece que son unos gansos canadienses. Papá y mamá son unos exagerados. ¡Ni que hubieran visto un Antonov! Unos pocos patos adesiosos que están nadando en el lago, pero ellos parecen extasiados: les toman fotos, hacen apuntes, comentan entre ellos quién sabe qué y después se dedican a inspeccionar una mezcla de semillas que han ido comprando poco a poco en la abarrotería del pueblo.

De todos modos, con algo de desprecio les echo una mirada a los gansos. Tengo que decir gansos porque papá me corrigió y me dijo que no eran patos sino gansos. La verdad, tengo que admitir que no son feos; muy a mi pesar diría que son hermosos. Tienen plumas de varios colores: crema, negro, marrón, el pecho blanco, el pico negro. Pero tampoco es para tanto.

Yo sigo pensando en el Antonov y preguntándome si le habrán hecho el arco de agua al llegar, pero no puedo saberlo porque mis amigos no lograron ver la llegada. Les pregunto si acaso se lo habían hecho al partir, pero ellos no le dieron mayor importancia y no me contestaron. El arco de agua se ejecuta con la intervención de dos carros de bomberos que se ponen uno frente al otro y, con las mangueras, echan agua hacia arriba de tal manera que forman un arco en medio del que pasa el avión. Eso lo hacen cuando una aerolínea llega a un aeropuerto por primera vez o cuando una se despide o cuando la aerolínea cambia el modelo de avión que había estado sirviendo a ese aeropuerto o cuando llega algún personaje famoso o cuando un piloto realiza el último viaje antes de jubilarse y retirarse del servicio.

Recuerdo cuando madrugué para ir a ver la despedida del MD 11 de la aerolínea KLM el día que partió en su último vuelo desde Guayaquil, para después ser reemplazado por

un Boeing 777. Me ubiqué donde yo pensé que era un buen lugar en la pista, y de hecho lo fue, porque desde ahí se alcanzaba a divisar el arco de agua que le hicieron para despedirlo, pero ya cuando el avión decolaba, me falló el cálculo de la ruta y me pasó por encima, por lo que solo logré ver su panza. No tiene gracia ver solo la panza de un avión: uno quiere verlo todo, especialmente el perfil, para poder apreciarlo y más si era mi venerado MD 11, con sus tres motores, el tercero ubicado justo atrás, en la cola.

124

Yo amo los MD 11, aunque ya casi los han sacado de circulación a todos. Cuando retiran un avión es muy triste, porque los llevan en un último vuelo a un desierto de Arizona para ahí desguazarlos. El MD11 me gusta porque tiene un perfil muy especial; lo puedo reconocer inmediatamente en las plataformas de radar que muestran el desplazamiento de los aviones en tiempo real, con sus siluetas definidas según el modelo, aunque estén mezclados con esa masa de avioncitos ubicados sobre dibujos de mapas. El MD11 y también el Airbus 380 son los que identifico de inmediato solo por la silueta. El 380 porque es enorme y destaca en medio de los otros, que se ven más pequeños. El MD11, por la posición de las alas, parece como si fuera una bailarina que recorre de un extremo al otro el escenario con las manos echadas hacia atrás, como en una carrera que finalmente la hará despejarse del suelo.

Volviendo a la casa: Tik la recorre completa como un habitante más; Tok, en cambio, es más huraño y no socializa mucho. Es más, yo creo que Tik, al ser tan consentido de mis padres, ha empezado a creer que yo soy su hermano. A veces lo he visto dormir una siesta acurrucado en el cuello de papá, mientras las aves siguen llegando, pues ya no son solo los gansos canadienses, ahora hay variedad de especies.

Han llegado, también, los patos mallard. Tienen la cabeza con hermosas y brillantes plumas de color verde, el pico amarillo y un collar blanco entre la cabeza y el cuello. Son muy hermosos, debo admitirlo, y si uno ve que un pato mallard es feo y descolorido, es porque se trata de una hembra, ya que en la etapa de la reproducción se produce algo que se llama dimorfismo sexual, que sirve para que la hembra no tenga ningún atractivo que la haga llamativa para proteger así a sus crías de los depredadores.

Todo esto lo sé porque es obvio que sé que existen también los *spotters* de aves, es decir, los observadores de pájaros. También sé que los hay de muchas cosas más, que no vacilan antes de emprender largos viajes para ir a mirar lo que les interesa. Siempre pensé que los observadores de pájaros eran unos gringos jubilados y extravagantes, con sombrero para protegerse del sol y todos con largavista en las manos, pero después fui a una observación de aves y me pareció que era algo realmente maravilloso. Yo creía que los patos y ese tipo de aves no eran de interés para estos espectadores, pero después me enteré de que, salvo las aves de corral, que no cuentan, las únicas aves que los observadores de pájaros deprecian son las palomas de ciudad. Después, todas las demás constituyen un apreciado objeto de avistamiento.

Mientras tanto, el lago sigue llenándose de aves. Las hembras de cada especie caminan examinando dónde anidar, buscan techos, atrás de rocas grandes, debajo de arbustos. Hemos visto que se desaparecen por algunos días y después asoman seguidas por los patitos. No nos podemos acercar mucho, solo mirarlos con la distancia que ellos marcan porque manifiestan de forma muy clara hasta dónde podemos llegar; ni siquiera podemos acercarnos en el momento en que distribuimos la comida. No obstante, sí permiten que Tik y Tok se acerquen sin problema. Es muy

curioso ver que estos gordos y blancos patos caseros están mezclados entre las familias de patos salvajes con los que parecería que actuaran como padrinos o como una niñera que cuida a la familia con esmero. En realidad, han hecho una gran amistad.

Para mi asombro, la vida en el lago no nos ha dado tregua. Hemos tenido la oportunidad de seguir una actividad tras otra, como ver a una familia de gansos canadienses enseñando a sus crías a entrar al agua y nadar, a un padre ganso que ahuyenta a un halcón juvenil que le ha puesto el ojo uno de sus polluelos y varios patitos heridos, a los que hemos tenido que curar y casi que volverlos a la vida. A las patas mallard las hemos tenido que proteger, para evitar que los machos de la especie ataquen. No sabía que en esta especie los machos atacan a las hembras de forma despiadada, aparte de que, después del apareamiento, se desvinculan y no se hacen cargo ni de la incubación ni de la construcción del nido; por eso se dice mamá que la pata mallard es una verdadera guerrera que saca adelante a sus hijos sola, a lo que se suma el estado de alerta permanente ante la amenaza de los machos, lo que aporta más dificultad a la crianza.

126

La temperatura está cambiando, ya queda poco de verano y pronto, sin casi reparar en ello, ya estaremos en invierno y las aves empezarán a partir poco a poco. Sin embargo, esto ha sucedido más rápidamente de lo que esperábamos y casi ni nos dimos cuenta de en qué momento ya el lago se ha ido quedando vacío. Aunque no tan vacío. Ahora, cuando yo he adquirido la costumbre de salir a caminar alrededor del lago, veo que hay un sinnúmero de aves y de otras especies que siempre estuvieron ahí y que habían perdido protagonismo con la enorme presencia de los visitantes.

El lago es muy hermoso y me resulta inevitable sentirme triste porque sé que estos serán mis últimos paseos por él. Me detengo más de lo acostumbrado ante cada rincón, ante cada ave. Me llama la atención una de plumas oscuras con las alas más bien pequeñas. Después sé que es un cormorán y que las alas son pequeñas porque puede zambullirse muy profundamente para conseguir su alimento y las alas le estorbarían si fueran más grandes. Me acerco para verlo mejor: los dos nos miramos de frente sin bajar los ojos y nos examinamos el uno al otro. Quisiera decirle que estoy triste porque ya nos vamos a regresar a Guayaquil, que me consuela que podré volver a observar aviones, que andamos con un nudo en la garganta porque no sabemos qué va a pasar con Tik y Tok y que me gusta mucho el sorprendente color de turquesa de sus ojos, porque los cormoranes tienen los ojos color turquesa.